

LA
BRUJA
DE
NEAR

VICTORIA SCHWAB

LA BRUJA DE NEAR NO ES MÁS QUE UNA VIEJA HISTORIA QUE SE SUELE CONTAR PARA ASUSTAR A LOS NIÑOS. SI EL VIENTO TE LLAMA POR LA NOCHE, NO DEBES ESCUCHARLO. EL VIENTO ESTÁ SOLO Y SIEMPRE BUSCA COMPAÑÍA. NO HAY EXTRAÑOS EN EL PUEBLO DE NEAR.

Estas son las verdades que Lexi ha escuchado toda su vida. Pero cuando un verdadero extraño —un joven que parece esfumarse como el humo— aparece por la noche cerca de su casa, en el páramo, ella descubre que, al menos uno de esos dichos ya no es cierto.

A la noche siguiente, los niños de Near comienzan a desaparecer de sus camas y el misterioso joven se convierte en el primer sospechoso. Mientras se intensifica la búsqueda de los niños, lo mismo ocurre con la necesidad de Lexi de saber más acerca de la bruja (que podría ser más que un viejo cuento para dormir), acerca del viento que parece hablar por la noche a través de las paredes y acerca de la historia de este chico sin nombre.

En parte cuento de hadas y en parte historia de amor, la primera novela de Victoria Schwab es completamente original y, sin embargo, dolorosamente familiar: una canción que escuchaste hace mucho tiempo, un susurro llevado por el viento y un sueño.

Índice de contenido

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30

Agradecimientos

Victoria Schwab. El niño de ceniza

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Sobre la autora

*A mi madre y a mi padre,
por no dudar ni una sola vez.*

1

Empieza con un chasquido y una chispa. Y con un chisporroteo, la cerilla cobra vida.

—Por favor —dice la voccecita a mis espaldas.

—Es tarde, Wren —murmuro mientras el fuego mastica el palito de madera que tengo en la mano. Acerco la cerilla a las tres velas que se encuentran sobre la cómoda, junto a la ventana—. Es hora de dormir.

Con todas las velas encendidas, agito la cerilla y la llama se apaga, dejando una estela de humo que se eleva, enroscándose contra el cristal oscurecido.

De noche, todo parece distinto. Más definido. Al otro lado de la ventana, el mundo está lleno de sombras, unas destacándose sobre las otras, con más nitidez de la que tuvieron durante el día.

Los sonidos también parecen más nítidos de noche. Un silbido, un chasquido, el susurro de una niña.

—Solo uno más —suplica, apretándose las mantas alrededor del cuerpo.

Suspiro, de espaldas a mi hermana pequeña, y deslizo los dedos por encima de los libros que están apilados junto a las velas. Siento que voy a ceder.

»Puede ser uno muy corto —agrega.

Mi mano se detiene sobre un viejo libro verde mientras el viento zumba contra la casa.

—De acuerdo. —Parece que a ella no puedo negarle nada—. Solo uno —le advierto, dirigiéndome a la cama.

Wren suspira con alegría contra la almohada y me acomodo a su lado.

Las velas dibujan imágenes luminosas en las paredes de la habitación.

Respiro profundamente.

—El viento del páramo es engañoso —comienzo, y el pequeño cuerpo de Wren se hunde dentro de la cama. Imagino que le presta más atención a los altibajos de mi voz que a las palabras en sí mismas. De todas maneras, las dos nos las sabemos de memoria: yo, por mi padre; Wren, por mí.

»De cada uno de los elementos del páramo (tierra, piedra, lluvia y fuego), el viento es el más fuerte en Near. Aquí, en los alrededores de la aldea, el viento siempre azota con fuerza, haciendo crujir las ventanas. Susurra, aúlla y canta. Puede torcer su voz y darle infinitas formas, tan largas y finas como para deslizarse debajo de la puerta, tan gruesas como para parecer de carne y hueso.

»El viento ya estaba aquí cuando tú naciste, cuando yo nací, cuando nuestra casa se construyó, cuando el Concejo se formó e incluso cuando la Bruja de Near vivió —relato con una sonrisa silenciosa, como lo hacía mi padre, porque así es como comienza la historia.

»Hace mucho mucho tiempo, la Bruja de Near vivía en una casa pequeña en el extremo más alejado de la aldea y solía cantarles a las colinas para hacerlas dormir.

Wren estira la manta más hacia arriba.

—Era muy joven y muy vieja, según hacia qué lado girara la cabeza, porque nadie sabe la edad de las brujas. Los arroyos del páramo eran su sangre, la hierba era su piel y su sonrisa era amable pero afilada a la vez, como la luna en la negra noche...

Generalmente, no llego al final de la historia. Muy pronto, Wren es un revoltijo de mantas y respiración tranquila, que se mueve en su sueño pesado.

Las tres velas continúan ardiendo sobre la cómoda, inclinadas unas sobre otras, chorreando y formando un charco en la madera.

Wren le tiene miedo a la oscuridad. Yo solía dejar las velas encendidas toda la noche, pero se duerme muy rápido

y, si se despierta, a menudo encuentra el camino, los ojos cerrados, hasta el dormitorio de nuestra madre.

Ahora tiendo a permanecer despierta hasta que se queda dormida y luego apago las velas: no es necesario gastarlas ni incendiar la casa. Me bajo sigilosamente de la cama y apoyo los pies en el viejo suelo de madera.

Cuando me acerco a las velas, mis ojos descienden hacia los charcos de cera, salpicados de pequeñas huellas de dedos, donde a Wren le gusta ponerse de puntillas y hacer dibujos en los charcos mientras la cera está aún caliente.

Deslizo mis dedos sobre ellas distraídamente cuando algo, un ligerísimo movimiento, hace que alce los ojos hacia la ventana. No hay nada allí.

Afuera, la noche está calmada y manchada de hilos plateados de luz. El viento respira contra el cristal, con un zumbido trémulo que hace crujir el viejo marco de madera.

Las yemas de mis dedos suben de la cera hacia la repisa de la ventana y siento el aire a través de las paredes de la casa. Está soplando con más fuerza.

Cuando era pequeña, el viento me cantaba canciones de cuna. Rítmico, zumbón y agudo, llenaba el espacio que me rodeaba, de modo que aun cuando todo parecía estar en calma, no era así. Ese es el viento con el que he convivido.

Pero esta noche es diferente. Como si hubiera un nuevo hilo musical entretejido en el zumbido, más grave y triste que los demás. Nuestra casa se encuentra en el límite norte de Near y, más allá del cristal envejecido, el páramo se extiende ondulante como un rollo de tela: interminables colinas cubiertas de vegetación silvestre, salpicadas de piedras y uno o dos ríos. No hay final a la vista y el mundo parece estar pintado en blanco y negro, diáfano y quieto. Unos pocos árboles brotan de la tierra, en medio de las piedras y de la maleza, pero aun con este viento todo está extrañamente estático. Pero yo juraría que he visto...

Algo se mueve de nuevo.

Esta vez, mis ojos están lo suficientemente atentos como para captarlo. Al final de nuestro jardín, en la línea invisible donde termina el pueblo y comienza el páramo, una figura se mueve contra la noche pintada. Una sombra se reuerce, da un paso adelante y queda iluminada por la luz de la luna.

Entrecierro los ojos y apoyo las manos contra el cristal frío. La figura es un cuerpo muy delgado, como si el viento estuviera tirando de él, como arrancándole jirones. La luz atraviesa el frente de la figura y, por encima de la tela y de la piel, se ve una garganta, una mandíbula, un pómulo.

No hay extraños en Near. He visto cada cara mil veces, pero nunca esta.

El ente permanece quieto y mira hacia un lado. Y, sin embargo, no parece estar *completo*. Hay algo en la manera en que la luna azul y blanca ilumina su rostro que me hace pensar que podría pasar los dedos a través de él. Su forma tiene los bordes borrosos, se funde con la noche como si se estuviera moviendo a gran velocidad. Pero debe ser el cristal envejecido, porque él está completamente quieto, la mirada perdida.

A mi lado, las velas titilan y, en el páramo, el viento sopla con más fuerza y el cuerpo del desconocido parece ondear, esfumarse. Sin darme cuenta, me encuentro apoyada contra la ventana, estirándome para abrir el pestillo, para hablar, para llamar a la figura cuando esta se mueve. Vuelve la cara hacia la casa, hacia la ventana, y hacia mí.

Se me corta la respiración cuando los ojos del extraño se encuentran con los míos. Ojos tan oscuros como las piedras de un río, y, sin embargo, brillantes, que absorben la luz de la luna. Ojos que se agrandan levemente cuando se posan en los míos, con una mirada larga y sin parpadeos. Y después, en un instante, el desconocido parece desintegrarse, sopla una intensa ráfaga de viento y los postigos se cierran de golpe contra el cristal.

El ruido despierta a Wren, que masculla y despega su cuerpo medio dormido de las sábanas y se arrastra por la habitación iluminada por la luna.

Ni siquiera me ve parada junto a la ventana, observando las tablas de madera que me separaron del extraño y del páramo. La oigo atravesar lentamente el umbral, abrir suavemente la puerta de nuestra madre y desaparecer en el interior. El dormitorio queda repentinamente en silencio. Abro la ventana, la madera se queja al arrastrarse sobre sí misma, y empujo los postigos.

El extraño ya se ha ido.

Siento que debería haber una marca en el aire en el lugar en donde se ha esfumado, pero no hay ningún rastro. Por más que mire con mucha atención, no veo más que árboles, rocas y colinas ondulantes.

Observo el paisaje vacío y parece imposible que lo haya visto, que haya visto a alguien. Después de todo, no hay extraños en Near. No los ha habido desde hace mucho tiempo, antes de que yo naciera, antes de que se construyera esta casa, antes del Concejo... Y ni siquiera parecía real, no parecía estar *ahí*. Me froto los ojos y descubro que estaba conteniendo la respiración.

Utilizo el aire para apagar las velas.



cuervo

2

—Lexi.

La luz se cuela entre las sábanas. Estiro las mantas hacia arriba intentando reproducir la oscuridad, y mi mente vaga hacia la noche anterior, hacia las formas en sombras del páramo bañado por la luna.

—Lexi —me llama de nuevo la voz de mi madre, y esta vez penetra en el nido de mantas que me envuelven y se mete en la cama, junto con la luz de la mañana. El recuerdo nocturno parece desvanecerse.

Desde mi cueva, oigo el golpe de pisadas sobre la madera seguido de algo que vuela por el aire. Me agarro fuerte, permanezco completamente inmóvil mientras el cuerpo cae como una catapulta sobre la cama y unos deditos tamborilean sobre las mantas que me cubren.

—Lexi —dice una voz nueva, una versión más aguda que la de mi madre—. Levántate de una vez. —Sigo fingiendo dormir—. ¿Lexi?

Extiendo los brazos hacia arriba, busco a mi hermana entre las sábanas y la abrazo con fuerza.

—¡Te atrapé! —exclamo. Wren lanza un gritito juguetón, se retuerce hasta liberarse y yo aparto las mantas con esfuerzo. Mi cabello negro cae alrededor de mi rostro, ya puedo sentirlo. Los rizos trepan hacia arriba incontrolables cuando Wren se sienta en el borde de la cama y se ríe con su gorjeo tan característico. Su pelo es rubio y completamente liso. Nunca abandona los lados de su cara, nunca se aleja de sus hombros. Hundo mis dedos en él, trato de alborotarlo, pero ella simplemente se ríe y sacude la cabeza, y el cabello se acomoda, otra vez alisado y perfecto.

Estos son nuestros rituales matutinos.

Wren se baja de un salto y se encamina hacia la cocina. Yo me levanto y me dirijo hacia la cómoda para buscar algo de ropa, cuando mis ojos se desvían bruscamente hacia la ventana y examinan el cristal y la mañana que se extiende del otro lado. A la luz del día, el páramo, con su maleza enmarañada y sus rocas dispersas, es suave y abierto. En la mañana gris, es un mundo diferente. No puedo evitar preguntarme si lo que vi anoche no fue más que un sueño. Si él no fue más que un sueño.

Acerco los dedos al cristal para evaluar el calor del día. Estamos en la última parte del verano, ese breve tiempo en que los días pueden ser agradables, hasta cálidos, o frescos y helados. El cristal está frío, pero las yemas de mis dedos solo dejan pequeñas aureolas en el vaho.

Me esfuerzo por desenroscar mi cabello de la frente y logro trenzarlo después de luchar con él.

—¡Lexi! —me llama otra vez mi madre. El pan debe estar listo.

Me pongo un vestido largo y sencillo, y me lo ajusto en la cintura. Lo que daría por tener pantalones. Estoy muy segura de que mi padre se habría enamorado de mi madre si ella hubiera usado pantalones y gorra de montar incluso después de haber cumplido dieciséis años, la edad de casarse. Mi edad. *La edad de casarse*, me burlo mientras miro desconsoladamente un par de zapatillas muy femeninas. Son verde claro, de suela finita y constituyen un pobre sustituto de las viejas botas de cuero de mi padre.

Observo mis pies desnudos, marcados por los kilómetros caminados a través del duro páramo. Preferiría quedarme aquí y distribuir el pan de mi madre, preferiría volverme vieja y torcida como Magda y Dreska Thorne que envolverme en faldas y zapatillas y casarme con un muchacho del pueblo como se espera que haga. Me calzo las zapatillas.

Estoy vestida, pero no puedo quitarme la sensación de que me estoy olvidando de algo. Me vuelvo hacia la pequeña mesa de madera que se halla junto a mi cama y

exhalo: mis ojos caen sobre el cuchillo de mi padre, con su funda y su correa de cuero oscuro, el mango gastado en la empuñadura. Me encanta colocar mis dedos angostos en sus huellas. Es como si pudiera sentir su mano sobre la mía. Solía llevarlo todos los días hasta que las miradas de Otto se volvieron lo suficientemente densas, e incluso en ese entonces me arriesgaba a usarlo. Hoy debo sentirme audaz porque mis dedos se cierran alrededor del cuchillo y su peso me gusta. Me lo coloco alrededor de la cintura como si fuera un cinturón, la hoja oculta contra la parte inferior de la espalda, y vuelvo a sentirme segura, vestida.

—¡Vamos, Lexi! —grita mi madre, y me pregunto por qué está tan apurada, ya que las hogazas de la mañana van a estar frías antes de que yo las entregue a los clientes. Pero luego una segunda voz me llega a través de las paredes, un murmullo grave y tenso que se entrelaza con el tono más agudo de mi madre. Otto. El aroma del pan ligeramente quemado me recibe al entrar a la cocina.

—Buenos días —saludo enfrentando a los dos pares de ojos, unos claros y cansados, imperturbables; los otros oscuros y con el ceño fruncido. Los de mi tío son muy parecidos a los de mi padre (el mismo marrón intenso enmarcado por pestañas oscuras), pero, mientras que los ojos de mi padre siempre estaban bailando, los de Otto están rodeados de líneas, siempre inmóviles. Se encorva hacia adelante, sus anchos hombros cubriendo el café.

Atravieso la habitación y beso a mi madre en la mejilla.

—Ya era hora —comenta mi tío.

Wren entra saltando detrás de mí y rodea con sus brazos la cintura de Otto.

Él se relaja durante un segundo y desliza la mano suavemente sobre su cabello. Luego ella desaparece, un trozo de tela deslizándose a través de la puerta. Otto vuelve su atención hacia mí como esperando una respuesta, una explicación.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunto mientras los ojos de mi madre se desvían hacia mi cintura y a la correa de cuero contra mi vestido. Sin decir nada, se da la vuelta y se desliza hacia el horno. Los pies de mi madre raramente tocan el suelo. Ella no es guapa ni encantadora, excepto de esa forma en que todas las madres lo son para sus hijas, pero parece como si fluyera.

Estos también son rituales de las mañanas: darle un beso a mi madre; la presencia de Otto en nuestra cocina, tan habitual que podría dejar aquí su sombra; mirada severa mientras me echa un rápido vistazo y se detiene en el cuchillo de mi padre. Espero que haga algún comentario, pero no lo hace.

—Hoy has llegado temprano, Otto —señalo, alzando una taza y una rebanada de pan caliente.

—No lo suficiente —responde—. A estas alturas, todo el pueblo está despierto y comentando.

—¿Y a qué se debe? —pregunto sirviéndome té de una tetera que se encuentra junto al fogón.

Mi madre se vuelve hacia nosotros, las manos cubiertas de harina.

—Tenemos que ir al pueblo.

—Hay un extraño —refunfuña Otto dentro de la taza—. Llegó anoche.

Agito torpemente la tetera y casi me quemo las manos.

—¿Un extraño? —pregunto, recuperando la calma. De modo que no fue un sueño ni un fantasma: *realmente* había alguien abajo.

—Quiero saber qué está haciendo aquí —agrega mi tío.

—¿Aún está aquí? —inquiero, luchando para impedir que la curiosidad tiña mi voz. Bebo un sorbo de té y me quemo la boca. Otto asiente secamente y bebe el resto de su taza, y, antes de poder morderme la lengua, las preguntas escapan a borbotones de mi boca.

—¿De dónde viene? ¿Alguien ha hablado con él? ¿Dónde está ahora?

—Ya basta, Lexi. —Las palabras de Otto atraviesan el calor de la cocina—. Por ahora no son más que rumores, muchas voces hablando al mismo tiempo. —Va cambiando frente a mí, enderezándose, transformándose de mi tío a Protector del Pueblo, como si el título tuviera su propio peso y tamaño—. Todavía no sé con certeza quién es ni de dónde ha venido ni quién le ha ofrecido refugio —añade—. Pero estoy dispuesto a averiguarlo.

Así que alguien le ofreció refugio. Me muerdo el labio para reprimir la sonrisa. Apuesto a que sé quién está escondiendo al desconocido, lo que quiero saber es *por qué*. Deseando escapar de allí, bebo de un trago el té demasiado caliente y siento el ardor mientras desciende hasta mi estómago.

Quiero ver si tengo razón. Y, si es así, quiero llegar antes que mi tío. Otto empuja la mesa y se pone de pie.

—Adelante —exclamo, esbozando una sonrisa inocente.

Otto lanza una risa áspera.

—Me parece que no. Hoy no.

—¿Por qué?

El ceño de Otto desciende sobre sus ojos.

—Yo sé lo que quieres, Lexi. Quieres ir a buscarlo por ti misma y no lo voy a permitir.

—¿Qué puedo decir? Soy hija de mi padre.

—Eso está claro como el agua —asiente sombríamente—. Ahora ve a prepararte. *Todos* iremos al pueblo.

—¿Acaso no estoy preparada? —pregunto alzando una ceja.

Otto se inclina lentamente sobre la mesa y sus ojos oscuros se ciernen sobre mí como si pudiera intimidarme con la mirada. Pero sus expresiones no son tan fuertes como las de mi madre o las mías, y no dicen ni de lejos tantas cosas. Lo observo con calma, esperando el último acto de nuestros rituales.

—Quítate ese cuchillo. Pareces una loca.